

EL MONITOR DE LA VETERINARIA

PERIODICO DEFENSOR

DE LOS DERECHOS PROFESIONALES Y PROPAGADOR DE LOS ADELANTOS DE LA CIENCIA.

Sale los días 5, 15 y 25 de cada mes.—PRECIOS. En Madrid por un trimestre 10 rs.; por un semestre 19 y por un año 36.—En provincias, respectivamente, 14, 26 y 48.—En Ultramar por semestre 40, y por un año 74.—En el extranjero 19 por trimestre, 38 por semestre y 72 por año.

— Se suscribe en Madrid, en la Redacción, calle del Caballero de Gracia, núm. 9, cuarto tercero.— Librería de D. Angel Calleja, calle de Carretas. En provincias, ante los subdelegados de veterinaria, girando contra correos ó remitiendo sellos de franqueo.

Por la ciencia y para la ciencia.—UNION, LEGALIDAD, CONFRATERNIDAD.

SECCION DOCTRINAL.

Comparacion entre la escuela espiritualista y la materialista con relacion á la terapéutica.

El jefe de la escuela espiritualista es Hippócrates, y el de la materialista Asclepiades. Una deduce sus principios, sus preceptos de las magnificas concepciones á que se entregó el pensamiento de esta Grecia libre y sábia, tan admirable por los prodigios de su génio, como por la política y austeridad de sus costumbres; la Grecia en fin, este eterno modelo que la antigüedad ha legado á las artes, á la poesía, á la política, á la ciencia. La otra expresa la tendencia de la antigüedad degenerada y el corrupto pensamiento de Roma de los Césares.

Hippócrates se nos presenta como una magnífica figura; modelo de todas las virtudes médicas, objeto de una veneracion que sus contemporáneos han transmitido á la posteridad; se encuentra rodeada de una gloria que dos mil años de consagracion, no han hecho mas que hacerla más resplandeciente. Asclepiades y los médicos de ambas facultades de su secta, no han hecho, por lo contrario, mas que atraer el desprecio hácia la profesion por su sed de lucro, por sus celos y envidias hácia sus comprofesores, por sus intrigas y sus ignominias, siendo sorprendente el que estas mismas dotes se hayan propagado á los sectarios actuales. Los contemporáneos de aquel, como por ejemplo Plinio, no han encontrado expresiones más fuertes para zaherirlos; y exceptuando pocas personas, la posteridad los ha olvidado.

La admirable ley terapéutica de Hippócrates, ha sobrevivido á todas las revoluciones médicas, y en el día, si los progresos del arte de curar han podido demostrar que no resume toda la práctica, no pueden ponerse en duda los servicios que todavia presta y facilita. Al contrario, las invenciones terapéuticas de Asclepiades han caido en el olvido; no se habla de

memoria mas que las de Themison, y el círculo meta-sincrético Thesalio debe solo á su rareza el que aún se le mencione.

Al mismo tiempo de que los antiguos procedian á la investigación de las causas, ensayaban distinguir las sustancias simples que constituyen el mundo físico. Formularon dos teorías principales: la de los átomos y la de los cuatro elementos admitidos, ya aislada, ya simultáneamente, de las cuales una ha sido asociada al panteísmo materialista para formar el sistema de Epicurio, y la otra ha ejercido un influjo mayor y más durable.

En Pitágoras se encuentra en estado rudimental la doctrina de los elementos que debia desarrollar Empédocles y que fué admitida con algunas modificaciones por los filósofos más célebres, como Platon y Aristóteles, y por los médicos de más nota Hippocrates y Galeno, siéndolo tambien por los hippiatras de aquella época. Segun esta teoría son cuatro los elementos que constituyen al mundo: la tierra, el aire, el agua y el fuego; á estos cuatro elementos corresponden las cualidades elementales, lo seco, lo frio, lo húmedo y lo caliente. Empédocles, guiado por las enantiosis de Pitágoras, opuso dos á dos los elementos y las cualidades elementales que existian en el cuerpo animado, constituyendo su equilibrio la salud, y el predominio de una, la enfermedad que debia combatirse por la cualidad contraria: este es el gran principio de la enantiosis terapéutica, *contraria contrariis curantur*.

Se encuentra esto confirmado en los aforismos siguientes: «Es preciso imponer dieta á los que tienen húmedas las carnes, porque la dieta deseca el cuerpo.» (afor. 60, sec. 7).—«Las enfermedades que procedan de plenitud se curan por evacuacion, como las que emanan de vacuidad por replecion, y, en general, los contrarios por los contrarios.» (afor. 22, sec. 2).

El Libro de los Lugares tiene una aplicacion singular de estos principios: se tratan las convulsiones por la aproximacion á la lumbre y aplicacion de cosas calientes á la cabeza y al cuello, porque las convulsiones son

atribuidas á la humedad y deben ser combatidas por lo seco.

En resumen, en los libros hipocráticos la doctrina de los elementos y de la enantiosis, se encuentra por una parte simplemente aplicada á la terapéutica, mientras que da origen por otra, á la teoria de los cuatro humores y á la creacion de un contraste entre la plenitud y la vacuidad.

Por desgracia, esta teoria de los elementos, que es lo que existe de menos auténtico en Hippócrates, ha sido desarrollada con una predileccion especial por Galeno, y esta doctrina que es tal vez lo ménos aceptable que hay en Galeno, ha sido ensalzada y sostenida por mucho tiempo por los discípulos y admiradores del hombre grande, excluyendo de su vasta síntesis, el materialismo y el metodismo, con opciones fatales del espíritu del error, que no merecian figurar entre las producciones del entendimiento.

El sistema de que los contrarios se curan por los contrarios, lo frio por lo caliente y lo seco por lo húmedo, atravesó la edad media y áun ha llegado hasta la moderna. Fundándose en dos bases, una de teoria física general y de la química moderna: de la física que demuestra que en la naturaleza nada existe contrario; que lo frio no difiere de lo cálido, lo seco de lo húmedo mas que de un modo relativo; de la química que descubrió los cuerpos simples y proclamó que los elementos de los antiguos no merecian este nombre. La segunda es el desarrollo de la fisiología y con más especialidad el descubrimiento de la circulacion que demostró la insuficiencia y los errores de la fisiología galénica, fundada en la doctrina de los elementos.

Si el sistema ha sucumbido, la ley terapéutica le ha sobrevivido; aunque equívoca en la expresion no deja por eso de ser cierta, verdadera, incontestable, reduciéndose á axiomas de sentido comun; restablecer el equilibrio, roto en cierto sentido por un contrapeso en sentido opuesto, debilitar cuando hay exceso de fuerzas, sostener cuando las fuerzas son insuficientes, calmar donde hay excitacion exagerada y excitar cuando hay torpeza. Estas ideas tan sencillas, tan justas, tan verdaderas, son expresadas imperfectamente y con una interpretacion teórica por esta fórmula *contraria contrariis curantur*, que sobrevive á falta de otra mejor, y que debe una prolongacion de vida y hasta pudiera decirse una especie de resurreccion á la lucha que provocaron los errores homeopáticos.

En resumen las doctrinas cosmológicas de los antiguos aplicadas á la fisiología y á la terapéutica han producido dos grandes principios: el que pertenece solo á Hippócrates: «La naturaleza es la mejor fuerza medicatriz; el médico interpreta y ayuda á la naturaleza.» El que indicó Hippócrates, pero que desarrolló Galeno: «*Contraria contrariis curantur.*»

La física y la química quisieron un dia dominar á

la medicina; pero en la actualidad se sacan solo de ellas aplicaciones muy útiles. La más modesta ha sido la historia natural; nunca tuvo aquella ambicion, y ha cooperado al desarrollo de la nosología; ha favorecido el método experimental en terapéutica por medio de una de sus ramas, la veterinaria, ha enriquecido la materia médica de muchos agentes preciosos y es presumible llegue á facilitar el modelo de la mejor clasificacion de los medicamentos.

TRATAMIENTO DEL MUERMO (1).

H. BOULRY. La cuestion que en el dia se ventila tiene suma importancia como lo comprueba lo que duran los debates. No se trata solo, en efecto, de la curacion del muermo, sino tambien de la tuberculosa. Si es cierto que se ha encontrado el tratamiento del muermo, de aquí á la curacion de la tisis no hay mas que un paso, porque en definitiva la tisis pulmonal es una de las alteraciones más constantes del muermo.

¿Pero en realidad se cura esta última enfermedad? Hé aquí lo que se trata de examinar.—Recordaré primero que Ercolani y Bassi han conocido con la mejor buena fé que su tratamiento era ineficaz contra lo que llamari *epitelioma*, según dice Prangé. Mas entonces, he dicho, vuestro tratamiento ofrece pocas esperanzas, porque lo que llamais *epitelioma* y lo que nosotros denominamos *coleccion purulenta de los senos* es en el muermo un hecho casi constante.

Esto lo ha negado Prangé. Entonces trage los datos y con ellos, en la mano probé en la sesion anterior que mis recuerdos clínicos eran la expresion rigurosa de la verdad. Prangé ha tomado una resolucion: no quiere hacer caso de estos datos; pero como procede de buena fé, su imaginacion, su espíritu, sistemático en este punto, no le domina lo suficiente para formular una negativa, pero ha concedido algo y me basta para hacer trizas el sistema. Existe, dice, un *epitelioma* que se manifiesta durante el curso del muermo, mas esto es un efecto secundario. Esta lesion no existe primitivamente, no acaece sino despues de cierto tiempo.

Admitamos por un momento que sea así: admitis hoy lo que antes habiais negado, que en el muermo la coleccion de los senos es un hecho muy frecuente. La discusion habrá al menos servido para ponernos de acuerdo en esta cuestion de hecho. Conozca que en la interpretacion de este hecho, subsiste la discordancia. Para vos, esta coleccion de los senos, este *epitelioma*, como la llamais, no es muermo; es solo un epifenómeno. Suponiendo que sea así, cosa que niego, no se deduce que no teneis razon al asegurar, como lo habeis hecho, que poseeis el medio de curar esta enfermedad compleja llamada muermo, pues confesais que entonces no curais mas que el *epitelioma*, es decir este accidente, este resultado, este efecto, lo que querais que ha venido á complicar, y que resulta de los datos estadísticos que esta complicacion se manifiesta, en la inmensa mayoría de casos, es decir noventa y cinco veces de ciento.

Mas, decís, siendo el *epitelioma* un efecto que se produce lentamente, atacad al muermo en su origen y le curareis. Niego vuestra premisa, á saber: que el *epitelioma* no es mas que un efecto, una inflamacion consecutiva. Os he hecho ver por la estadística en la última sesion que, en siete casos de muermo agudo se ha encontrado cuatro veces la coleccion de los senos.

Pretendeis que vuestro tratamiento no es eficaz mas que al principio del muermo crónico; debierais habernos dicho lo

(1) Véase el número anterior.

que llamais el principio de esta enfermedad, indicarnos los caracteres. Os confieso que no los conozco con seguridad. Lo mas comun sucede que cuando los primeros síntomas del muermo aparecen no son mas que la última expresion de la caquexia. Asi lo confirman las autopsias hechas muchas, muchísimas veces en la clínica de la escuela, cuando los animales sacrificados hacia solo algunos dias que presentaban los síntomas del muermo.

No parece que Ercolani y Bassi hayan seguido, en los experimentos que han publicado, el precepto que, segun ellos, da Prangé, de no intentar la curacion del muermo mas que en los caballos que le tengan principiante. Veo, en efecto, que se ha comprobado la existencia de numerosos tubérculos en los pulmones del caballo cuya historia refieren. ¿Es que para ellos, la enfermedad en este caballo no era aún mas que incipiente?—Deben instruirnos en este punto.

Dirijo á Prangé otras cuestiones. ¿Qué es lo que llamais un epitelioma? Esta es una palabra nueva que todavia no se encuentra en la ciencia. Lo que encuentro en los autores es que se ha propuesto esta palabra para sustituir la de *cancroide* y designar una variedad del cáncer cuyos elementos están constituidos por las células epitélicas. Sin duda Prangé al traducir ha querido expresar el significado italiano, y entonces resultará que, segun Ercolani y Bassi, el muermo se complica en la mayoría de casos con un cáncer epitélico de la membrana de los senos. Esta manera de ver puede ser cierta, no lo dudo, pero para apoyarla se necesita algo más que una afirmación. Debiera probarse por observaciones microscópicas detalladas que es así, y entonces es preciso confesar que la gravedad referente al muermo se aumenta.

Prangé habia creído encontrar un criterio por medio del que sería dable establecer la verdadera naturaleza de la colección de los senos. Siendo el muermo contagioso, dice, si el epitelioma es de naturaleza muermosa, su inoculación debe transmitir el muermo. Si no, no.

Para esto le he propuesto una cuestion que Prangé ha encontrado insidiosa y capciosa. Le he preguntado, si un caballo que presentase los caracteres objetivos mejor confirmados del muermo crónico, declararia no muermoso á este caballo por que la inoculación de su destilacion á un caballo sano no daba ningun resultado positivo. Luego, la experiencia demuestra que puede ser así. ¿Por qué, pues he dicho á Prangé, quereis que la inoculación pueda invocarse como un criterio cierto en el primer caso, y no en el segundo? Esto nada tiene de insidioso ni de capcioso, pero era tan dificultoso, tan embarazoso, que Prangé todavia no ha contestado á pesar de haber transcurrido dos meses, y que para evitarlo ha sustituido con otra la cuestion que yo habia formado. Hé aquí en efecto, la que me presenta Prangé. «Dos caballos están afectados de muermo crónico perfectamente reconocido, me hace decir, inoculais la materia de la destilacion del uno. La enfermedad se transmite. Inoculais enseguida la materia del otro, pero sin resultado. ¿Deducireis que el muermo es contagioso en el uno, y no contagioso en el otro?»

No es esta la cuestion cuya resolucion he propuesto: acabo de repetirla, insisto en ella y suplico de nuevo á Prangé me conteste, si cree que la inoculación de la materia de los senos es un medio seguro de conocer si esta materia es ó no de naturaleza muermosa.

Entro en otro punto que no deja de tener su importancia.

La base del tratamiento italiano es el arsénico y la stricnina combinados de modo que forman una sal que será un arsenito de stricnina. Se ha dicho ya en este recinto que era dudosa la existencia real de esta sal, ó cuando menos que asi resulta del procedimiento indicado para formarla. Queriendo

aclearar este punto he suplicado á Clement se cerciore de si siguiendo este procedimiento se lográ componer el arsenito de stricnina, como pretenden Ercolani y Bassi, y hé aquí lo que me ha contestado:

«Apreciable catedrático: me habeis dicho que prepare en el laboratorio de la escuela, el arsenito de stricnina, tan ensalzado últimamente contra el muermo por algunos veterinarios italianos. Asi lo he verificado. Para prepararle he seguido con la más escrupulosa exactitud la fórmula y las indicaciones de dichos veterinarios. Mas desgraciadamente el resultado no ha sido el que esperaba y el que estos profesores indican. En vez de un arsenito de stricnina he obtenido un cloridrato de la misma base. En efecto, por una parte, los cristales que se han formado, sometidos á la prueba del aparato de March, despues de lavados con el mayor cuidado, no han dado el más pequeño indicio arsenical; cuando la gotita menor del agua madre ha facilitado recoger mucha cantidad; y, por otra parte, los mismos cristales, tratados por el azotato de plata han formado inmediatamente un precipitado abundante de cloruro de plata, reconocible por su insolubilidad en un exceso de ácido azótico y su grande solubilidad en el amoniaco.—De consiguiente el procedimiento indicado por los veterinarios italianos para preparar el arsenito de stricnina no da mas que cloridrato de la misma base.»

En virtud de esta nota, el medicamento administrado por Ercolani y Bassi no será mas que un hidrocloreto de stricnina. Sin duda sería esto un hecho secundario, si resultase de los experimentos hechos que lo que dichos veterinarios creen ser un arsenito de stricnina es un medio eficaz para curar el muermo; pero sin embargo, se confesaria que si estos señores han podido formarse ilusion sobre la naturaleza del medicamento, tambien han podido formársela sobre la naturaleza de los resultados obtenidos.

Tal es la fé de Prangé en el poder imaginario de una sal imaginaria en si misma que llega hasta sostener la singular y nociva doctrina siguiente: «Digo mas, será posible que los arsenitos ó las preparaciones arsenicales tetánicas haciendo desaparecer los síntomas que se llaman locales, la destilacion particularmente, los chancros, tengan la propiedad de destruir el principio virulento en sus focos de produccion y en las secreciones morbificas. Si este hecho, que designo á la atencion de los observadores, se demostrara, sería un resultado inmenso, considerable, pues la afeccion no estando aún completamente curada, sería entonces sin riesgo para el hombre y los animales. Si haceis desaparecer los síntomas locales del muermo, esto es la curacion, porque los síntomas aparentes del muermo son el mismo muermo. Sería entonces inútil cerciorarse por el sacrificio de los animales, si el muermo está bien curado, una vez conocido que no es virulento. Los que conservan los animales, obran mejor que los que los sacrifican, porque el muermo despues de la curacion deja para siempre señales de su existencia.»

¿El muermo podrá aparecer transcurrido un tiempo más ó ménos largo? Es posible, sobre todo si el tratamiento no se ha continuado despues de la desaparicion de los síntomas locales. Esto es lo que la observacion enseñará conservando los animales curados, no pudiendo la escision esclarecer nada de esto.»

Digo que esta doctrina es nociva, porque tiende nada ménos que á determinar á los dueños que utilicen los animales muermosos una vez sometidos al tratamiento arsenical, cual si estuvieran sanos y no pudiera haber peligro de su contacto con el hombre ni con los animales. ¿En qué apoya Prangé su opinion? En ningun hecho, en ningun experimento. Es solo una idea. Hé aquí un hecho que recuerdo en este momento y que

probará la vanidad é inutilidad de esta idea y las consecuencias desastrosas que puede acarrear su aplicacion.

En el mes último (Junio de 1861) haciendo la visita del establecimiento de un carretero del camino de hierro de Lyon, ví en un caballo una herida en la parte inferior de la cara que me dijeron proceder de la muserola. Reconocida ví que tenia los caracteres de una úlcera lamparónica, y sospechando la existencia de otras, noté un boton lamparónico en la parte interna del antebrazo izquierdo, y otro ulcerado ya en la bragada derecha. El caballo estaba en las mejores condiciones aparentes de salud; buenas carnes, pelo lustroso, buen apetito y las fuerzas acostumbradas. Aconsejé al dueño le separara de los demás y lo llevara á la escuela para medicinarle, á lo cual accedió. Se le sujetó al tratamiento nuevo, segun la fórmula de Martin, es decir que se le dió primero con el pienso 36 granos de ácido arsenioso y media onza de nuez vómica durante tres semanas, al cabo de las que habian desaparecido todos los síntomas del lamparon. Su estado era el de la salud más perfecta. El dueño que era hombre experimentado, dijo que preferia el que se sacrificara al caballo más bien que colocarle entre los demás temiendo una recidiva próxima. Se me figuró una exageracion al ver el estado en que el animal se encontraba. Aprobé la prudencia del dueño y le aconsejé le hiciera trabajar solo hasta nueva orden, teniéndole separado de los demás. Prometié hacerlo así; pero temiendo las consecuencias se lo dió al que sacaba el estiércol de las cuadras, advirtiéndole de las causas de su resolucion. Este no hizo caso y le colocó entre los dos que tenia. Antes de un mes le trajeron de nuevo á la escuela con todos los síntomas del muermo confirmado; se le sacrificó y la autopsia demostró todas las lesiones propias de esta enfermedad, tanto en los pulmones como en las cavidades nasales.

No es esto todo: uno de los dos caballos que habia antes en la cuadra presentó los síntomas del lamparon consistentes en una cuerda sobre la espalda derecha. Se le dejó en la escuela y sometió al tratamiento del arsénico y la stricnina. Aunque la enfermedad se cogió en su principio siguió su curso. Se presentaron otros tumores, se tumefactó un pié, desarrollaron dolores intensos en la babilla derecha. El dueño abandonó al animal y se le sacrificó, viéndose en la autopsia abscesos metastáticos en los pulmones, aunque todavía no existian los signos exteriores del muermo. La articulacion dolorida era el sitio de una artritis aguda no purulenta aún.

Un hecho como el que acabo de referir es bastante elocuente por sí mismo y basta para probar el error de Prangé, que quisiera ver en el arsénico de stricnina, sal que no administra segun los experimentos de Clement, no solo un medio para curar las lesiones del muermo, y suponiendo su impotencia respecto á esto, una especie de agente contravirulento que, dejando persistir los síntomas físicos de la enfermedad, haria del caballo muermoso un animal inofensivo. Cuando se sostiene semejante doctrina, seria conveniente apoyarla en algunos hechos experimentales; pero Prangé encuentra más cómodo asegurar sin probar.

Otro punto. Prangé que se cree en guerra cuando discute, lo ha confesado en la última sesion; ha tomado por táctica *laudator temporis acti*, para rebajar el mérito de sus contemporáneos. Segun él la cuestion de muermo debe tomarse *ab ovo*: nada se ha hecho para esclarecerla en nuestros tiempos. Aristóteles habia descubierto los tubérculos pulmonales antes que Dupuy, y encuentra la prueba en el siguiente pasaje:

«La enfermedad de que los asnos se ven con más frecuencia acometidos es la llamada *malida*, (la malida morbo.) Se manifiesta primero alrededor de la cabeza. Entonces destilan las

narices un humor espeso y rojizo. En cuanto interesa cualquier parte del pulmon, origina la muerte.»

Es preciso confesar que Prangé es poco exigente, si en este pasaje encuentra la demostracion de que Aristóteles conocia los tubérculos pulmonales y los ha designado como una de las lesiones más constantes del muermo.

Viene despues el elogio de Lafosse, con sus siete especies de muermo. Para Prangé, desde Lafosse hijo, el estudio del muermo no ha dado un paso. Sin embargo, quiere Prangé hacer una en su propio favor. Gracias á él, se puede en el dia distinguir la afeccion simple de los senos de la que coincide con la del muermo. Me parece que esta distincion hace mucho tiempo que está hecha. Hace muchos años que la profesora pueden decirle los discipulos de mi clínica, y cuando ante ellos hácia los caracteres diferenciales de enfermedades tan diferentes, no creia hacer ninguna cosa extraordinaria. Permittedme los indique en pocas palabras, aunque Prangé cree ser el único, entre nosotros, que los ha conocido.

En el absceso simple de los senos, el que es independiente del muermo, nunca hay grande tumefaccion de los gánglios, ni estos se ponen duros, abollados ni adheridos; aunque se abultan un poco, quedan móviles en el espacio intermaxilar, no se adhieren, ni dan la sensacion de induracion.

En el absceso simple de los senos nunca hay chancros visibles ó tangibles en la pituitaria, la cual está libre de toda lesion ulcerosa. En la autopsia se la encuentra perfectamente sana. El ala interna de la nariz está á veces infiltrada y por lo tanto tumefactada. Esta infiltracion coincide con el primer período de la formacion de pús en los senos; no es más que el edema sintomático que en cuantos puntos se segrega pús en el caballo, se forma siempre en las partes declives con relacion al sitio del foco purulento. Mas este síntoma es efímero: la serosidad que infiltra el ala de la nariz desaparece pronto; y cuando el absceso del seno hace algunas semanas que existe, el edema del ala ha desaparecido.

La destilacion ca racterística de la coleccion de los senos es abundante, como coagulada y se aumenta por el ejercicio. Despues del trabajo está cubierto todo el rededor de las narices de una capa espesa de pus que se adhiere á su periferia. En el estado de reposo del aparato respiratorio, esta destilacion es mucho menos abundante y no ocupa más que la parte inferior del orificio de la nariz. A veces es olorosa, de preferencia cuando la coleccion es antigua, y que por una especie de filtracion, la cavidad del seno contiene grumos espesos de materias fibrinosas condensadas que no pueden salir por la abertura estrecha, por medio de la que se estableció la comunicacion entre los dos departamentos, superior é inferior de las cavidades nasales. En estos casos, experimentan tales grumos una descomposicion pútrida en las cavidades que los contienen, y de aquí el color fétido é insoportable del aire, espirado. Este hecho puede notarse tambien en el muermo, pero es muchísimo más raro.

(Se continuará.)

RESÚMEN.

Comparacion entre la escuela espiritualista y la materialista con relacion á la terapéutica.—Tratamiento del muermo.

Por todos los artículos no firmados, NICOLAS CASAS.

Redactor y Editor responsable, D. Nicolás Casas.

MADRID.—1861.—Imprenta de T. FORTANET, Libertad, 29.